

sin razon, dice San Agustin, ha querido el Verbo encarnado que su señal fuese marcada en nuestra frente. La frente es el asiento del pudor, y ha querido que el cristiano no se avergüence de los oprobios de su maestro. Si pues la haceis en presencia de los hombres y no os avergonzais de hacerla, contad con la misericordia divina." (1)

El segundo, el honor de nuestra frente: "La señal de la cruz, dice Tertuliano, es la señal de las frentes, *signaculum frontium* (2).

Y San Agustin: "Una frente sin señal de la cruz es una cabeza sin cabellos. La cabeza calva es un objeto de vergüenza y de burla. Mas que la cabeza en ese estado, lo es la frente que no está adornada con la señal de la cruz. Una frente así es impudente. Oyes al hombre á quien insulta otro? Le dice: tú no tienes frente. Esto quiere decir que es impudente. Presérveme Dios de tener

1. Non sine causa signum suum Christus in fronte nobis figi voluit, tanquam in sede pudoris, ne Christi opprobrie christianus erubescat.—In ps. XXX Ernard. IV, n. 8.

2. Contr. Marcion, lib. V.

la frente desnuda; que la cruz de mi Maestro la adorne y la cubra." (1)

El tercero, el milagro de la redencion. La señal de la cruz es un trofeo. Los trofeos no se colocan en los lugares sombríos, sino en las plazas públicas, en donde todo el mundo pueda verlas, y viéndolos acordarse de los triunfos del vencedor. "Por qué, pues, esclama el gran Agustin, no habria colocado el Verbo divino en la frente del hombre, la parte mas visible y mas noble del cuerpo, la señal de la victoria alcanzada por la cruz sobre el poder infernal?" (2).

Al pasar de los lugares de suplicio á la frente de los emperadores, era necesario que la cruz proclamase eternamente el gran milagro de la conversion del universo.

El cuarto, la propiedad divina. Vuelto á entrar en posesion del hombre, el divino Crucificado lo ha marcado con un sello, lo mismo que el propietario marca con el suyo los objetos que le pertenecen.

1. Non habeam nudam frontem; tegat eam crux Domini mei.—In ps. CXXXI.

2. Ipsam crucem de diabolo superato tanquam trophaecum in frontibus fidelium positorus erat.—In Joan., Fract., XXXVI.



“Tan pronto como el Redentor, dice San César de Arles, hubo devuelto al hombre la libertad, lo marcó con su señal. Esta señal es la cruz. Grabada en las puertas de los palacios, la llevamos nosotros en la frente. El vencedor es quien la coloca allí para enseñar á todos que hemos vuelto á entrar en posesion suya, y que somos sus palacios y sus templos vivientes. Por lo mismo el demonio, celoso, irritado, corre incesantemente de una parte á otra, tratando de robarnos la señal de nuestra franquicia, la carta de nuestra libertad.” (1).

El quinto, la dignidad del hombre. La frente es la parte mas noble del cuerpo y como el asiento del alma. Quien es dueño de la cabeza, es dueño del hombre. Por lo mismo, de todas las partes del cuerpo humano, la frente es lo que el demonio está mas encarnizado en desfigurar.

La desfiguracion de este órgano, por las compresiones artificiales, ha dado la vuelta al mundo: to-

1. Et ideo (nunc diabolus) gennit, invidet, circuit, sin forte vel furto á nobis possit auferre instrumentum ipsius manumissionis et acquisitae tabulae libertatis.—Homil. V, de pascha.

avía subsiste en muchos países. Desfigurar la imagen de Dios, debilitar las facultades intelectuales, desarrollar los mas bajos instintos, tales son los resultados justificados en esta deformacion humanamente inexplicable.

Reparador de todas las cosas, ha querido Nuestro Señor que la señal de la cruz fuese marcada de preferencia en la frente, á fin de libertarla, y librándola, devolver al hombre, con la plenitud de sus facultades, toda la dignidad de su ser.

El respeto es otra condicion para hacer bien la señal de la cruz. El respeto, porque es un acto de religion cuatro veces venerable: por su origen, por su antigüedad, por el uso que ha hecho de él todo lo que el mundo ha visto de mas grande y de mas santo, los apóstoles, los mártires, los verdaderos católicos de la primitiva Iglesia y de todos los siglos; por la gloria con que brillará en el último dia del mundo, cuando, anunciando la llegada del Juez soberano, aparezca en las nubes resplandecientes de luz y llegue á colocarse magestuosamente al lado del tribunal supremo para el consuelo de los justos y la eterna confusion de los perversos.



La atencion. Sin ella, la señal redentora no es mas que un movimiento maquinal, bastante inútil para nosotros y tal vez injurioso para Aquel de quien recuerda la magestad, el amor y los beneficios.

La confianza. Pero una confianza filial, ardiente, fuerte, fundada en el testimonio de los siglos, en la práctica de la Iglesia, en los efectos maravillosos, producidos por esta señal tremenda para el demonio y libertadora para el hombre y para el mundo.

La devocion, que pone al corazon unisono con los labios. Qué hago al hacer la señal de la cruz? Me proclamo, el discípulo, el hermano, el amigo, el lujo de un Dios crucificado. A riesgo de mentirme y de mentir á Dios, debo ser lo que digo que soy.

Escucha á nuestros padres: "Cuando te persigues, piensa en todos los misterios encerrados en la cruz. No basta formarla simplemente con el dedo, es preciso hacerla antes con la fé y de buena voluntad. . . . Cuando marques con la señal de la cruz tu pecho, tus ojos y todos tus miembros, ofréctete en hostia agradable á Dios. . . ."

"Si al marcarte con la señal de la cruz te proclamas soldado cristiano, y no practicas á la vez, segun tu poder, ni la caridad, ni la justicia, ni la castidad de nada te servirá la señal de la cruz.

"La señal de la cruz es una cosa grande; necesitamos por lo mismo no servirnos de ella sino para marcar cosas grandes y preciosas. De qué sirve plantar un sello de oro en el heno ó en el lodo. Qué significa la señal de la cruz en la frente y en los labios, si el alma está interiormente llena de crímenes y de manchas?" (1)

"Qué cosa es hacer la señal de la cruz y pecar? Es colocarse la señal de la vida en la boca y clavarse el puñal en el corazon." (2)

De aquí este proverbio de los primeros cristianos: Hermanos, tened á Jesucristo en el corazon,

1. Chrys., Homill., 54 in Matth.; S. Eph., De adorat. vivif. cruc.; S. Aug., Serm., 215, De Temp.—Signum maximun atque sublime. Lact., Div. instit., lib. IV. c. XXVI.

2. Qui se signat et aliquid de sacrilego cibo manducat, quomodo se signat in ore, et gladium sibi mittit in pectore.—S. Caes., Serm. 278, inter Augustin.



y su señal en la frente: *Habete Christum in cordibus, et signum ejus in frontibus.* (1).

De ahí también estas palabras de San Agustín: "Dios pide no pintores, sino operadores de sus misterios. Si lleváis en vuestra frente la señal de la humildad de Jesucristo, llevad en vuestro corazón la imitación de la humildad de Jesucristo." (2)

Harta razón tenemos para obrar así. Que nadie diga: Es cosa de poca importancia hacer bien ó mal la señal de la cruz. De otro modo han pensado los siglos cristianos; de otro modo piensa también la Iglesia católica, la señora de la verdad, de otro modo ha pensado la Verdad en Persona. Aun admitiendo que una señal de cruz es poca cosa, acaso no ha dicho el Verbo encarnado que aquel que es fiel en las cosas pequeñas será fiel en las grandes; como aquel que es infiel en las cosas pequeñas, será infiel en las grandes? No es esta fidelidad diaria lo que forma la vida cristiana y prepara la fortuna eterna? En materias de salvación, lo mismo

3. Bed., t. III, in collet. flor. et paraph.

4. Factorem quaerit Deus signorum, non pictorem, etc.—S. Aug., Ser. 32.

que en las demás materias, *no es suficiente lo que basta.* El que no quiere hacer más que lo necesario, no lo hará por mucho tiempo.

Yo hago diez veces al día la señal de la cruz. Si esto es bien hecho, son diez buenas obras más, diez grados más de gloria y de ventura para toda la eternidad. Tengo diez monedas más para pagar mis deudas ó las de mis hermanos de la tierra y del purgatorio; diez instancias más para obtener la conversión de los pecadores y la perseverancia de los justos, para alejar del mundo y de las criaturas las enfermedades, los peligros y las plagas.

Calcula la suma de méritos acumulados al fin de una semana, de un año, de una vida de cincuenta años. Y decísete que eso es poca cosa!

Ya conoces ahora, querido Federico la señal de la cruz y la manera de hacerla. Déjame comunicarte un pensamiento de ambición. Supongo que llega á París un extranjero, y pregunta quién es el jóven que en la inmensa capital hace mejor la señal de la cruz: quiero que pueda señalásete. A este precio prométote una vida digna de nuestros abuelos, de la primitiva Iglesia, una muerte pre-



ciosa delante de Dios y la necesidad de los honores de la canonizacion: *In hoc vince: Con esta señal vencerás.*

Esta divina frase es siempre antigua y siempre nueva; porque es la fórmula de una ley. Constantino, que fué el primero que mereció oirla, es el tipo del hombre. El gran emperador adelantaba á marchas forzadas para combatir á Magencio, temible tirano que se habia apoderado de la capital del mundo. De repente, en un tiempo sereno, poco despues de medio dia, apareció en los aires la señal de la cruz, resplandeciente de luz, y se hizo ver de Constantino y de todo su ejército con esta inscripcion: *Con esta señal vencerás: In hoc vince.* A la noche siguiente apareciósele al emperador el Hijo de Dios, llevando en la mano la señal de la vispera, y le ordenó hiciera una semejante para servirse de ella en los combates prometiéndole la victoria.

Obedece Constantino. La señal celeste, resplandeciente de oro y de pedrería, brilla á los ojos de las legiones y se convierte en el célebre Lábaro. Por donde quiera que aparecia esta enseña, anima la confianza de los soldados de Constantino y ame-

drenta á los de Magencio. Las águilas romanas huyen delante de la cruz; el paganismo delante del cristianismo; Satanás, el antiguo tirano de Roma y del mundo delante de Jesucristo, Salvador de Roma y del mundo. Así debia ser.

Derrotado y ahogado Magencio entra Constantino en Roma. Una estatua le representa, llevando la cruz en la mano, con esta inscripcion que él mismo dicta: "A esta señal saludable, verdadero simbolo de fuerza, es á la que debo haber libertado vuestra ciudad del yugo de la tiranía y á ella debe tambien al poner en libertad al senado y al pueblo romano, el restablecimiento de su antigua magestad y de su antiguo esplendor." (1).

Constantino eres tú, soy yo, es toda alma bautizada, es el mundo cristiano. Arrojos en medio de la gran arena de la vida, á la cabeza de nuestros sentidos y de nuestras facultades, caminamos al encuentro de un tirano mas terrible que Magen-

1. Hanc inscriptionem, latino sernone, mandat incidere: Hoc salutare signo, vero fortitudinis indicio, civitatem vestram tyrannidis, jugo liberavi et S. P. Q. R. in libertatem vindicans pristinae amplitudini et splendori restitui.—Euseb., Vit. Constant., lib. C. c. XXXIII.



cio. Roma, para nosotros es el cielo; nuestro enemigo quiere cerrarnos el paso. Viene contra nosotros á la cabeza de sus legiones infernales. El combate es inevitable.

Como el hijo de Constancio, Dios nos da el mismo medio para vencer: la señal de la cruz: *In hoc vince*. Hoy, como en aquella vez, esta señal es el terror de los demonios, *formido daemonum*. Hagámosla con fé y nos será abierto el camino de la Ciudad eterna.

Vencedores, y vencedores para siempre, levantará nuestro reconocimiento, á los ojos de los ángeles y de los elegidos, una estatua que contendrá la inscripción constantiniana: A esta señal saludable, verdadero símbolo de fuerza, es á quien debo haber vencido al demonio y libertado mi alma y mi cuerpo de su tiranía; devolviéndome mis sentidos, á mis facultades, á todo mi ser, la libertad verdadera, los he colocado por toda la eternidad en los esplendores de una gloria pura y sin límites: *In hoc vince*.

Salve, pues, diré, tomando la voz de los Padres y de los doctores del Oriente y del Occidente, sal-

ve, señal de la cruz! estandarte del gran Rey, inmortal trofeo del Señor, señal de vida, señal de salvacion, señal de bendicion, espanto de Satanás y de las legiones infernales, valuarte inexpugnable, armadura invencible, escudo impenetrable, espada real, honor de la frente, esperanza de los cristianos, remedio de los enfermos, resurreccion de los muertos, guía de los ciegos, sostén de los débiles, consuelo de los pobres, alegría de los buenos, espanto de los malos, freno de los ríeos, ruina de los soberbios, juez de los injustos, libertad de los esclavos, gloria de los mártires, castidad de las vírgenes, fundamento de la Iglesia. (1)

Ya tienes para lo de adelante querido Federico, mi respuesta á tus dos cuestiones. La autoridad de todos los siglos las resuelve en tu favor. Esta apología victoriosa de tu noble conducta te armará, así lo espero, para siempre, contra las burlas y los sofismas.

Por una parte ya sabes qué importante es y cuán solidamente fundada está la práctica habitual de la señal de la cruz; por otra parte, puedes ya apre-

1. Gretzer, lib. IV, c. LXIV, etc.



ciar en su justo valor la inteligencia de los que no la hacen, y estimar como se lo merece el carácter de los que se avergüenzan de hacerla: *In hoc vince.*

## INDICE

DE LAS

### MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA.

	Páginas.
PROLOGO DE LA SEGUNDA EDICION.....	5
BREVE DE S. S. PIO IX.....	15
PROLOGO DE LA PRIMERA EDICION.....	19
CARTA PRIMERA.—Paris, á 25 de Noviembre de 1862.—Estado de la cuestion.—El mundo actual no hace ya ó la hace raramente, ó hace mal la señal de la cruz.—Los primeros cristianos la hacian frecuentemente y la hacian bien.—Obramos nosotros bien y ellos obraban mal; ó nosotros obramos mal y ellos bien?.....	21
CARTA II.—A 27 de Noviembre.—Exámen de la cuestion.—Indicios en favor de los cristianos primitivos.—Primer indicio: sus luces y su contacto con los apóstoles.—Segundo indicio, su Santidad.—Tercer indicio, la práctica de los verdaderos cristianos en todos los siglos.—Fueron los	27